

# Cuando Valparaíso se asomó al siglo XIX

EUGENIA GARRIDO DE VARGAS\*

El primer cuarto del siglo XIX es el marco espacial de los días más neurálgicos de esta Independencia. Pero, ¿cómo era este espacio que significaba gentes, ciudades, costumbres, educación, en la metrópoli, pero especialmente en Valparaíso? Valparaíso fue, desde que así lo instituyó don Pedro de Valdivia, “el puerto de Santiago”, ventana al mundo, semillero de inquietudes e iniciativas por su contacto directo con los viajeros y las ideas que en lejanas oleadas, pero siempre candentes, tocaban en primer término a nuestro puerto.

Felizmente, en el siglo XIX, muchos testigos observaron —en especial, entre 1812 y 1831— los cambios básicos de nuestra historia, y podemos recoger sus opiniones en fuentes de gran seriedad, mientras vivíamos la emancipación política y la organización republicana. Baste citar las fuentes que, para este trabajo, se han revisado una vez más con singular agrado: María Graham (1785-1842), la dama inglesa que consoló su viudez en nuestro pueblo y fue apoyo espiritual de lord Cochrane; el médico norteamericano William Ruschenberg (1807-1895). Los viajeros Gabriel Lafond de Lurcy y Julián Mellet, de nacionalidad francesa; Samuel Haigh, John Miller, Alexander Caldeleugh, Basil Hall (1788-1844), William Bennet Stevenson, Gilbert Farquhar Mathinson, Ricardo Longeville Vowell y el reverendo Hugo Salvin (1773-1852), ingleses; Samuel Johnson, J.F. Cof-

\*Eugenia Garrido de Vargas es licenciada en Historia en la Universidad Católica de Valparaíso. Alcaldesa de Viña del Mar.

fin, Teodoro Bland y Henry Hill (1795-1892), norteamericanos; Peter Schmidtmeier (1772-1829), suizo, quien residió en Inglaterra, y Carlos Eduardo Bladh (1790-1851), sueco.

Después de 1831 disminuyó el número de libros de viajes; pero, afortunadamente, hay algunos testimonios de hombres de ciencias como el inglés Carlos Darwin (1809-1882), quien mira la zona de Valparaíso desde el cerro de La Campana, maravillándose; el sabio barón belga Juan Bautista Popelaire de Terloo (1810-1870), el teniente naval inglés Federico Walpole y el escritor francés Max Radiguet.

## LOS TESTIMONIOS

Al finalizar el siglo XVIII, los 'estados indianos' —así se les llamaba— estuvieron directamente vinculados a la Corona española y había una dependencia socioeconómica y política. Lengua, cultura, religión, creencias, vestir y vivir, con un sentido tal vez más 'provinciano' eran a la manera española. Plazas, calles; la distribución de la casa en torno al patio, los vestidos traídos de la misma España o mal copiados, la noche con serenos y la tarde con obligada siesta, predisponían a prolongar las costumbres de España en Chile, donde no faltaban el trato afable ni la entretención chismosa. El sistema de comunicación era lento ni hacía falta su urgencia. Españoles y criollos formaban el grueso de la sociedad; los indígenas se encargaban de las tareas serviles, con una mínima cantidad de esclavos negros, como se registraban en algunas casas patricias de Santiago, en la hacienda de La Ligua o en la de *Las Siete Hermanas*, o *Peuco*, que formaron la *Viña de la Mar*. Actas de remates incluyen esclavos negros y hay testimonios de barracones donde eran hospedados en el puerto, a la llegada de los barcos. En general, había homogeneidad racial y equilibrio de costumbres.

Tan sólo la vida patriarcal era quebrada por cuatro acontecimientos dramáticos: los terremotos a lo largo del territorio con tanta frecuencia que, en Santiago y Valparaíso, era costumbre instalar una ramada, al fondo de la casa, 'la temblorera', donde se refugiaban en las noches sísmicas; las invasiones araucanas en el sector fronterizo de Concepción; la destrucción de puertos y las incursiones de violencia por parte de los piratas (Sharp, Spillberger, Drake y otros); y, finalmente, los temporales en Valparaíso, que provocaban constantes naufragios tanto a la llegada como al zarpe de los barcos; en el siglo XVII hasta existió una real prohibición de navegar en esta zona, desde mayo a septiembre. Testimonio de esta grave situación marinera fue el Crucero de Reyes (hoy Reloj Turri); había allí una franja de tierra

con una cruz: era el lugar donde iban a parar cadáveres de náufragos y restos de veleros naufragados.

Sin embargo, la región central del país también ofrecía sus bondades al viajero, las que fueron siempre celebradas: la bondad de clima, la hospitalidad de su gente, la belleza del suelo fértil junto a la belleza y discreta honestidad de las mujeres de la sociedad chilena.

## CALLES Y CASAS

Los temblores achataron las ciudades. Frezier observaba: "Si las casas tuviesen más altura que el solo primer piso y fuesen de mejor arquitectura, sería una ciudad agradable".

Byron observa, en 1741, la capital, y podemos darnos cuenta de que mientras Santiago es el plano, Valparaíso es la quebrada.

"Casi todas las casas de propiedad de gente de cierta posición (en Santiago) tienen un gran patio delante, con grandes puertas, y atrás un jardín. Por el medio de las calles corre una acequia convenientemente empedrada, que permite a los habitantes refrescar las calles o regar sus jardines cuando quieren. Toda la ciudad está extremadamente bien pavimentada, en los jardines abundan los hermosos naranjos y los floripondios y toda suerte de flores que perfuman las casas y a veces, la ciudad entera".

En cambio, Valparaíso, por 1790, con 2.200 habitantes (españoles, criollos y mestizos) eran la 'quebrada':

"Sus casas yacen por la mayor parte en una quebrada entre los montes que llaman Santo Domingo y San Francisco, extendiéndose después en dos alas por la playa a uno y otro lado.

"Divídese la población en los tres barrios que se denominan de la Plaza Principal, de San Agustín y El Almendral. El barrio de San Agustín se divide por un abra o quebrada profunda que recibe las aguas de su declive, de modo que el torrente de agua que desciende por él en tiempo de invierno arrebata el terreno de los costados y causa daños considerables a las casas y ranchos fabricados en sus márgenes.

"El barrio de El Almendral que da principio desde el paraje nombrado La Cruz de Reyes hasta el pie de un alto, tiene unos tres cuartos de legua de largo y media de ancho hasta el mar, siendo el único paraje en donde se dilata algo la playa. En él se cultiva hortaliza y fruta de que se provee la población, y su terreno se fecundiza por dos arroyos que descienden desde las quebradas vecinas. En este ameno arrabal de Valparaíso, hay una fábrica de cordelería de cáñamo que se trabaja por cuenta de un particular".



Los pobladores porteños estaban dedicados al comercio, y los que no dependían de él, trabajaban en la pesca o en pequeñas sementeras. Según estadísticas de la época, se contaba hasta con treinta embarcaciones mercantes que constituían el movimiento habitual de la bahía.

Mientras tanto, el Santiago en el que se gestó la Independencia, a comienzos del siglo XIX, mostraba progresos sobre su vida de un piso: había una catedral y un palacio nuevo —dice el capitán Tomás de O'Higgins—. Las calles fueron renovadas en sus empedrados por gentileza del gobernador O'Higgins, el marqués de Osorno. La gran obra fue la construcción del puente de cal y canto, sobre el Mapocho, con lo que se comunicó a la ciudad con el arrabal de la Chimba, al norte del río.

Lord Byron observa las casas de cierto rango que visita y anota, en la de don Patricio Gedd: "Se entra primero a un gran patio, a un costado del cual están las caballerizas; en seguida, se pasa a un zaguán: al lado hay una gran sala de unos veinte pies de ancho por cuarenta de largo; al costado de la ventana está el estrado que ocupa todo el largo de la sala. El estrado es una plataforma que se levanta a unas cinco o seis pulgadas del suelo y está cubierto de tapices y cojines de terciopelo para que se sienten las señoras, que lo hacen a la usanza morisca, con las piernas cruzadas. Las sillas para los hombres están revestidas de cuero estampado". La alcoba o dormitorio mostraba algunos arcones donde se guardaba la ropa con algunas esencias de frutas (membrillos, limones); sobresalía el lecho con toldo que "siempre dejaba asomar una gran parte de las sábanas colgando, adornadas con profusión de encajes y lo mismo las almohadas".

La vida social no puede haber sido muy entretenida: hombres y mujeres no alternaban. Habría sido mal visto. Las señoras estaban sentadas sobre cojines a un lado de la sala; los hombres, al frente de ellas, sentados en sillas; pero se miraban...

Sin embargo, no era la escoba lo que más se empleaba en las casas para limpiar los pisos de ladrillos. Don Ambrosio O'Higgins, el gobernador, hospedó a un marino español, el que si bien es cierto agradeció las atenciones, dejó constancia del desaseo: "Tuvimos camas pasaderas, pero la suciedad insoportable de nuestros departamentos nos causó extremado disgusto: el piso de los que ocupaban mis oficiales estaba cubierto de basuras y de polvo; los dragones a los cuales se les pidieron escobas, dijeron que no se conocía ese instrumento en Santiago... el solo expediente que se empleó fue el de arrojar un poco de agua sobre ese polvo...".

Pero los utensilios domésticos eran de plata. Desde los cubiertos a la bombilla para el mate, que era costumbre empleando "yerba del Paraguay". La hospitalidad obligaba a servirlo al visitante y, como atención, la dueña de



casa lo probaba primero con sus labios. Era habitual que los extranjeros se quemaran la boca con la bombilla. Estas atenciones en el comer y el beber se extremaban en la hora de comer: la dueña de casa, como delicadeza, le pasaba un bocado o parte de su plato al invitado. El servicio, en general, era escaso; en algunas casas, un solo cuchillo pasaba de mano en mano para trozar la carne. En las veladas, de seis de la tarde a las dos de la mañana, se conversaba, se tocaba música y se bailaba; solían servirse alfajores y licor, preparado en casa: eran las infaltables mistelas. Llamaba la atención que la ejecución de instrumentos musicales sólo estaba reservada a las mujeres: piano, violín, flauta o arpa.

Según testimonios de don José Zapiola, en *Recuerdos de treinta años*, el piano sólo se había incorporado a Chile a fines del siglo XVIII y, según otros investigadores, sólo en la primera década del XIX. Zapiola recuerda dos pianos: el de don Juan Eyzaguirre y el de don Manuel Pérez Cotapos, procedentes de Sevilla. En Valparaíso, la llegada de un piano a una casa de la Plaza Municipal, hoy Echaurren, fue tan notoria que la calle quedó bautizada como *La calle del piano* o *Calle Clave*. Señala Zapiola que, en cambio, las arpas eran más abundantes y era posible encontrarlas, a menudo, en las 'chinganas'.

## LA EDUCACION

Se supone que el espíritu independiente o libertario es una proyección de la educación. No puede decirse que haya ocurrido así en Chile, ya que la enseñanza siempre estuvo en manos del clero, que mantenía un espíritu tradicionalista. Las ideas llegaron en libros prohibidos por la Corona española, procedentes de Francia, y fueron incubadas por criollos que se formaron en Inglaterra o Francia, en especial. Sin embargo, pese a este aspecto conservador del clero, hay que recordar que fue un fraile, el "De la Buena Muerte", fray Camilo Henríquez, quien aportó la buena vida de las ideas independientes, con sus publicaciones en *Aurora de Chile*. También fue autor de una obra de teatro con ideas libertarias, *La Camila*, desgraciadamente de muy escaso mérito literario.

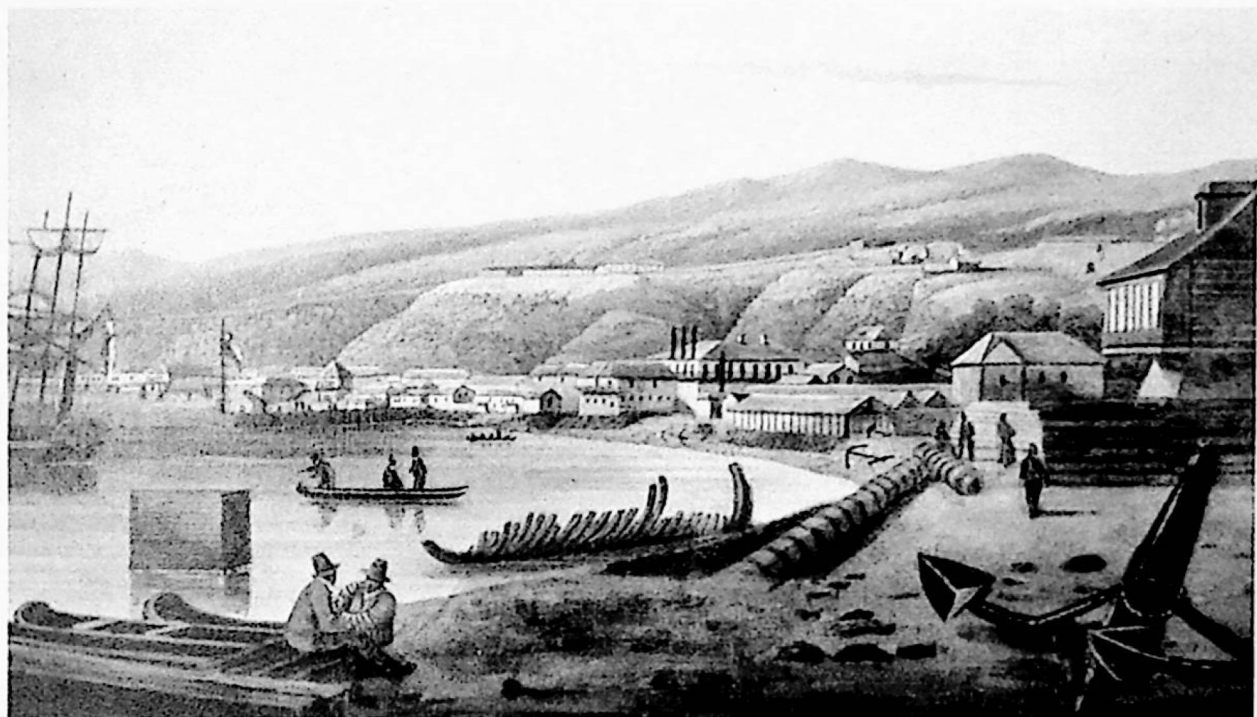
Pero no se crea que el clero fuera el más culto de su tiempo como para impartir buena enseñanza. El obispo de Concepción se quejaba diciendo que "la escasez de buenas personas que se dediquen al sacerdocio, ponen en el caso de ordenar a los que apenas tienen un ligero barniz de gramática y aún tan poco que se ven algunos que apenas saben leer el Misal. Puede juzgarse si pastores tan poco avisados pueden ser capaces de conducir a sus fieles y por

consiguiente, de qué manera se instruye a los indios, a los cuales los españoles están obligados a enseñarles religión cuando los tienen a su servicio”.

La labor educacional de los jesuitas fue la más amplia. Cuando fueron expulsados en 1767 mantenían escuelas menores en Copiapó, San Felipe, Valparaíso, Melipilla, San Juan de Cuyo, San Luis, San Fernando, La Serena, Quillota, Bucalemu, Mendoza, Santiago, Chillán, Concepción, San Luis de Rere y Castro. También habían instalado seminarios en Santiago y Concepción.

Existió la Universidad Real de San Felipe, creada en 1747, donde se formaban médicos, abogados, teólogos y agrimensores, que eran los ingenieros de ese tiempo. No hay testimonios de viajeros sobre la Academia de San Luis, porque estaba inspirada en las ideas de don Manuel de Salas, que estaba a favor de la instrucción técnico-profesional. Esta fue inaugurada en 1797.

La educación de las mujeres, tanto en el siglo XVIII como hasta mediados del siglo XIX, fue realmente escasa y se la descuidaba de intento. No sólo le negaban los criollos, con un espíritu español “muy machista”, la capacidad de comprender las bellas letras, sino que impidieron su acceso a las universidades. Se creía que la cultura atentaba contra la virginidad de la mujer, ya que el solo hecho de saber leer y escribir le facilitaba el acceso a las cartas de varones audaces o seductores. Sin embargo, las mujeres revelaron su inteligencia adquiriendo una cultura refleja, con su conversación con personas educadas, ilustres o viajeros. Jorge Vancouver dejó este testimonio: “Sus maneras (las de las mujeres) eran en general vivas y fáciles; tenían siempre cuidado de sacarnos de los pequeños tropiezos en que nos ponía sin cesar nuestra ignorancia de su idioma; y confieso que ha habido pocas ocasiones en la duración de nuestro viaje donde ese inconveniente me haya causado más pesares. Estábamos privados del placer de gozar de las salidas picantes y del agradable espíritu que, después de la risa y de los aplausos que estallaban a menudo en todo el círculo, teníamos ocasión de suponer lo que decían. Esto era una prueba eficiente de que ellas tenían mucho talento natural pero que no fuese cultivado; y no sin pena noté en esta ocasión que —si es preciso creer a sus compatriotas— la educación de las mujeres en Santiago (y, por ende, en Valparaíso) es tan descuidada, que sólo se encuentra entre ellas un corto número que sepa leer y escribir. Algunas quisieron poner sus nombres por escrito para que pudiéramos pronunciarlos más correctamente: estaban en gruesas letras. No trato de inferir de ahí que la educación del bello sexo sea descuidada como nos han dicho; sin embargo, es claro que por la ignorancia que tienen de otra lengua



BAHIA DE VALPARAISO. Lámina tomada de una aguatinta de Sigismond Himely sobre la base de un dibujo de Barthélemy Lauvergne hecho alrededor de 1830. Esta vista forma parte de una rara serie de al menos tres aguatinas acerca de Chile, debidas a la asociación de dichos artistas. Lauvergne estuvo en Chile en el viaje de Jules Dumont D'Urville y también cuando comandó la circunnavegación del globo a bordo de "La Favorita". Creemos que en una de esas ocasiones tomó algunos croquis que sirvieron de modelo para las vistas mencionadas.

(Del álbum "Vistas Clásicas de Chile", de Ismael Espinosa V., obsequio del autor para "Atenea").

que no sea el dialecto que se habla en Santiago, su educación es muy imperfecta".

Y, anotemos al margen, ya había nacido el idioma propiamente chileno que se alejaba del español, al punto de ser bastante incomprensible para los viajeros, como para ser tomado por un "dialecto". Chile adquiriría su sicología propia y su auténtica manera de expresarse; no tardaría el momento en que buscaría también su propia forma de gobierno, ajeno a la tuición española.

Y valga otra observación: las anotaciones de Vancouver sobre la mujer chilena destacan ya sus cualidades, su viveza, su incorporación a la vida social de su país, a pesar del descuido que hicieron los varones de su educación. Esa inquietud sería la que impulsaría más tarde a una Javiera Carrera, a una Paula Jaraquemada, a incorporarse activamente a la causa de la Independencia, junto a otras valiosas mujeres cuyo testimonio ha dejado en un libro, sobre las mujeres patriotas, el escritor Liborio Briebe.





*BAHIA DE VALPARAISO. Lámina tomada de una aguatina de Sigismond Himely sobre la base de un dibujo de Barthélemy Lauvergne hecho alrededor de 1830. Esta vista forma parte de una rara serie de al menos tres aguatinas acerca de Chile, debidas a la asociación de dichos artistas. Lauvergne estuvo en Chile en el viaje de Jules Dumont D'Urville y también cuando comandó la circunnavegación del globo a bordo de "La Favorita". Creemos que en una de esas ocasiones tomó algunos croquis que sirvieron de modelo para las vistas mencionadas.*

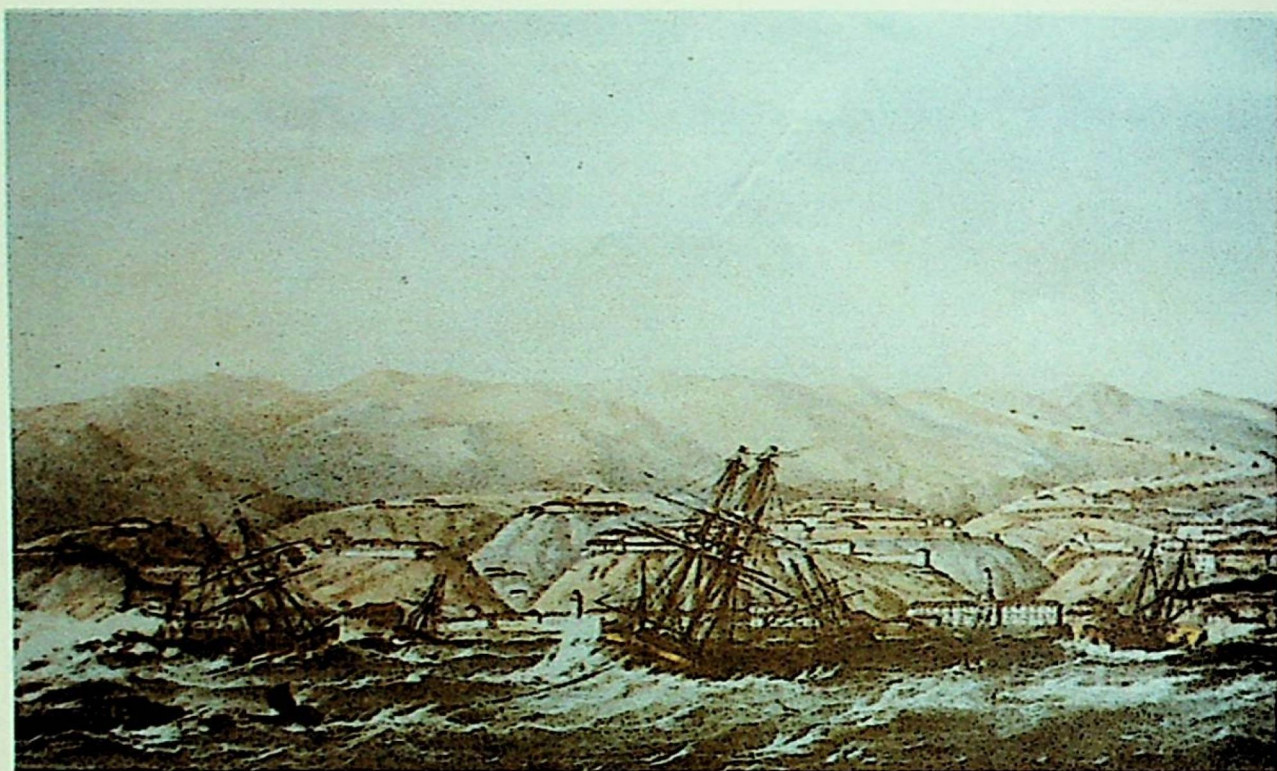
*(Del álbum "Vistas Clásicas de Chile", de Ismael Espinosa V., obsequio del autor para "Atenea").*

que no sea el dialecto que se habla en Santiago, su educación es muy imperfecta".

Y, anotemos al margen, ya había nacido el idioma propiamente chileno que se alejaba del español, al punto de ser bastante incomprendible para los viajeros, como para ser tomado por un "dialecto". Chile adquiriría su sicología propia y su auténtica manera de expresarse; no tardaría el momento en que buscaría también su propia forma de gobierno, ajeno a la tuición española.

Y valga otra observación: las anotaciones de Vancouver sobre la mujer chilena destacan ya sus cualidades, su viveza, su incorporación a la vida social de su país, a pesar del descuido que hicieron los varones de su educación. Esa inquietud sería la que impulsaría más tarde a una Javiera Carrera, a una Paula Jaraquemada, a incorporarse activamente a la causa de la Independencia, junto a otras valiosas mujeres cuyo testimonio ha dejado en un libro, sobre las mujeres patriotas, el escritor Liborio Briebe.





*TEMPORAL EN VALPARAISO. Lámina tomada de una litografía coloreada a partir de un dibujo de Louis Le Breton, ejecutado alrededor de 1838. Esta vista, de extrema rareza, fue probablemente dibujada por Le Breton cuando vino con la expedición de Jules Dumont D'Urville, aunque no forma parte de los Atlas de dicho viaje ni de ninguna otra serie de grabados. Tal vez el dibujante la reservó para sí y la hizo grabar en una tirada muy corta por la casa Gosselin, de París, a su vuelta a Francia. Además de la viveza y el realismo del temporal, esta lámina es notable por la ballena que muestra en primer plano, a pocos centenares de metros de la costa. (Del álbum "Vistas Clásicas de Chile", de Ismael Espinosa V.).*

## EL SIGLO XIX

El siglo XIX mostró progresos; pero esto se mostró más bien en edificios públicos e iglesias. Las casas continuaban construidas de barro con paja, modestas tejas y, en muchas partes, techos de totora. Julián Mallet elogió, en Santiago, la Catedral, por su arquitectura, extensión y riqueza de ornamentos. La plaza principal mostraba algunas tiendas, negocios de venta de alhajas, quincallería y mercería. En uno de los costados de la plaza estaba el palacio de la residencia del Director, los Tribunales de Justicia y la Cárcel Pública. El edificio del Director era bello, pero faltó dinero para concluirlo.

Pero la entrada a Santiago era sucia y desagradable, por el camino de Valparaíso, según contó Lafond de Lurcy. Las calles estaban tiradas a cordel





*ANTIGUA ADUANA DE VALPARAISO. Lámina tomada de una litografía coloreada del Atlas "Voyage autour du Monde pendant les années 1836-37 sur la corvette La Bonite", sobre la base de un dibujo hecho por Fisquet, publicado en París por entregas a partir de 1840.*

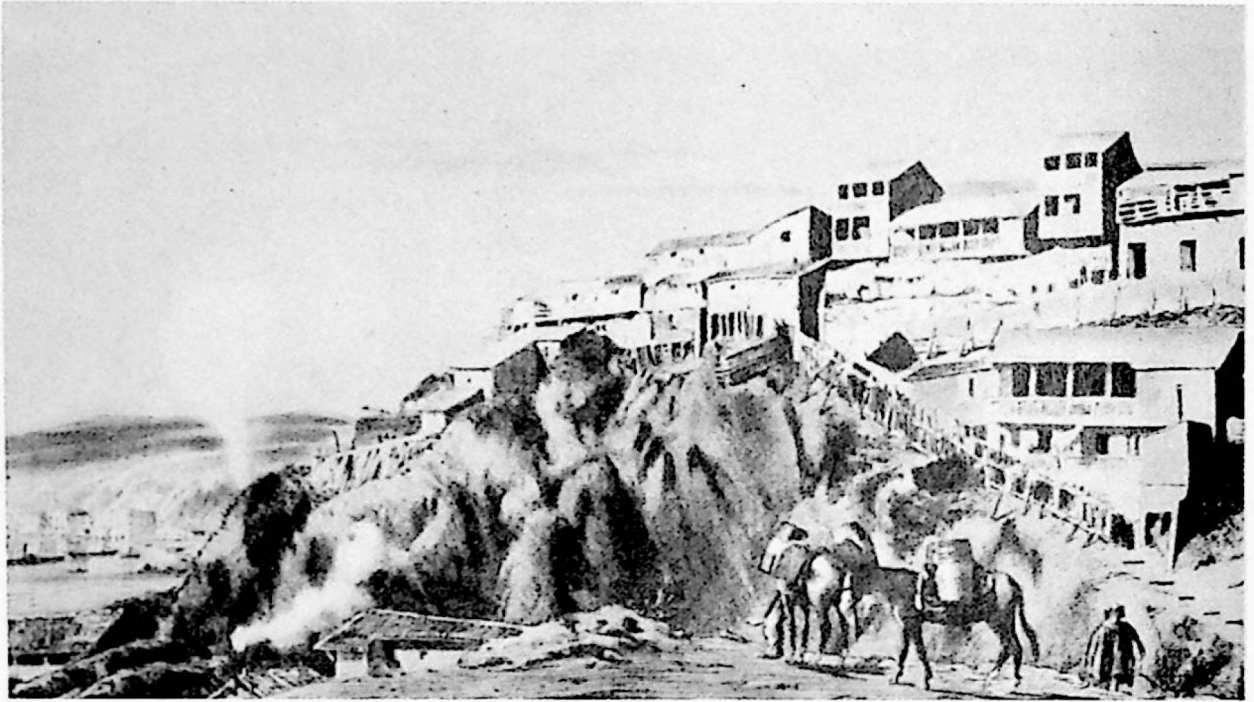
*La Aduana fue durante muchos años el principal edificio de Valparaíso, habiendo sido reproducida en numerosos óleos y dibujos de la época. En el mismo sitio se alza hoy día el hermoso edificio de la Intendencia, al fondo de la Plaza Sotomayor.*

*(Del álbum "Vistas Clásicas de Chile", de Ismael Espinosa V.).*

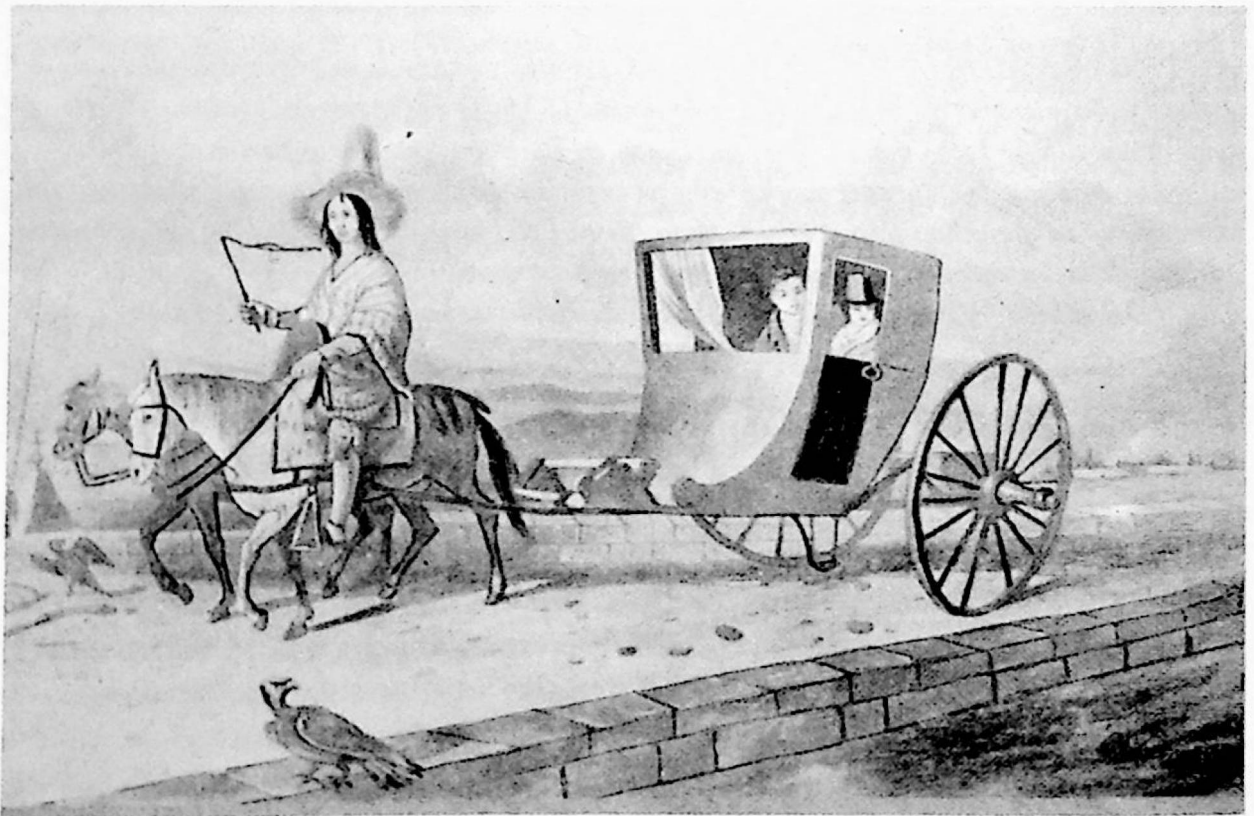
y semejaban las de Lima. Con el tiempo, en 1820, la ciudad mostró más movimiento, con la presencia de los cafés que comenzaron a ser concurridos. El norteamericano Ruschenberg comió en un café junto a la Catedral, donde el menú era tan largo como el de Verrey, conocido restaurante de Londres. Era el *Café del Comercio*.

Ciudades más pequeñas recién despertaban al progreso. Concepción se mostraba poco poblada con muchos jardines y calles amplias. En Coquimbo, las costumbres eran sencillas y dulces; la gente, de buenos modales. Coquimbo era apenas "una docena de ranchos". La Serena, rodeada por un muro, tenía una característica puerta de adobes, con casas al estilo de Santiago. Quillota era "ciudad algo triste, una larga calle ancha, con chacras





*A la llegada de Andrés Bello algunas casas comenzaban a trepar a los cerros. Allí vivieron algunas familias inglesas, animadas pocos años antes por la tertulia de María Graham y Lord Cochrane. (Quebrada de Valparaíso. Dibujo de Pallière).*



*Cabriolés (birlochos) de dos puertas. El birlocho. (Dibujo de María Graham).*

y mujeres encantadoras". San Felipe, "dividida por cuadras en ángulos rectos surtida de agua por el río Quillota, sobre el que se ha construido un puente de cimbra de cuerdas de cuero y madera".

Casablanca era "un villorrio con escasos habitantes, pero de gente educada y agradable". Una posada estaba "no mal surtida de provisiones y licores"; era posible encontrar té y café en cada relevo. Se alumbraban con velas y los pobladores ni siquiera se asomaban a observar a los viajeros.

Pero Valparaíso recibía los beneficios del progreso por el contacto con los extranjeros, y el puerto subía en población, comercio y vida social. Bennet Stevenson, llamado Don Benito por los chilenos que le conocían, dejó este testimonio: "Desde el descubrimiento hasta 1810, el puerto no era visitado sino por los buques de Lima que llevaban azúcar, sal, tabaco, una pequeña cantidad de artículos manufacturados en Europa y otros de menor importancia. Y a la vuelta, cargaban trigo, charqui, frutas secas y otros productos de Chile y Perú. La población era de 5.000 habitantes. El comercio estaba en manos de cuatro o cinco españoles. Después de la victoria de los chilenos en Chacabuco, casi las dos terceras partes de la población abandonaron sus casas o fueron obligadas a embarcarse por la fuerza en buques españoles y llevadas al Perú, quedando la ciudad casi desierta; pero posteriormente, ha aumentado en extensión, en población y en riqueza. En 1822, tenía 15.000 habitantes aproximadamente, de los cuales 3.000 eran extranjeros. De 1817 a 1822 se construyeron cerca de 200 casas, y en el último de los años citados había 31 comerciantes en grande y muchos en pequeño, recién establecidos. Había 26 casas de posada, cafés, etc. Además de los buques de guerra del Estado, había 41 para el comercio, con pabellón nacional. Y la bahía, en otro tiempo completamente desierta durante la mitad del año, contiene ahora más de 50 buques de guerra o de comercio, nacionales o extranjeros" (William Bennet Stevenson), *Memorias de William Bennet Stevenson sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú*: Versión castellana de Luis Terán. *Noticia sobre Stevenson*, por Diego Barros Arana, Madrid, Ed. América, s.f.).

Valparaíso no había perdido su fisonomía de puerto fortificado, pero se había extendido hacia el barrio del Almendral. Los viajeros alababan la perspectiva de las casas alineadas frente al mar, así como la población extranjera se agrupaba sobre las colinas que dan frente al embarcadero.

María Graham, quien pintó con pincel y ágil pluma nuestro puerto, en diversos paseos, dejó constancia que Valparaíso, en 1822, era "un lugar que se extiende a lo largo, construido al pie de áridos cerros que dominan el mar y avanzan tanto hacia él en algunas partes que apenas dejan trecho para una angosta callejuela y se abren en otras hasta permitir dos plazas regulares, una



de las cuales sirve de mercado y tiene a un costado la casa del gobernador, que se halla protegida por una pequeña fortaleza en lo alto de una colina. La otra plaza se ve honrada por la iglesia Matriz, la cual, al no haber obispado aquí, hace las veces de Catedral. De estas plazas arrancan varias quebradas, llenas de casas que albergan a la mayor parte de la población, la que se me ha dicho llega a 15.000 almas. Un poco más lejos se halla el arsenal que contiene algunos elementos para la construcción de botes y la reparación de buques, y es de pobrísima apariencia; y más allá está el fuerte en que termina el puerto por uno de sus extremos. Al oriente de la casa del Gobernador, la ciudad se extiende medio cuarto de milla o poco más, hasta donde se juntan los suburbios con el barrio del Almendral, situado en una vasta llanura arenosa, pero fértil, que corre entre los cerros y el mar. El Almendral tiene cerca de tres millas de largo, pero es muy angosto; las casas, como casi todas las de la ciudad, son de un piso. Su construcción es de ladrillos sin cocer y blanqueadas, que se llaman adobes. Los techos son de tejas de color rojo" (*Diario de mi residencia en Chile en 1822*, Santiago de Chile, Ed. Del Pacífico, 1956, 8 láminas).

Y agregaba el reverendo Salvín en 1824: "Muchos de los mejores edificios están contruidos con vigas de madera, llenándose los claros con filetes y argamasa. Las calles de este valle del paraíso, si es que se las puede calificar de tal nombre, son muy angostas y torcidas, y por lo general, sumamente asquerosas, debido a las inmundicias que se permite acumular en el frente de las puertas de calle".

Su juicio se modifica un poco cuando pasa por este valle del paraíso nuevamente: "Di un paseo en tierra, muy complacido de ver los adelantos realizados durante nuestra ausencia. Las calles se hallan más aseadas y mejor pavimentadas; hanse construido nuevos edificios, particularmente uno grande que ocupa un costado de la Plaza Mayor" (Reverendo Hugo Salvín, "Diario escrito a bordo del buque de Su Majestad, *Cambridge*, desde enero de 1824 hasta mayo de 1827 por el Reverendo H.S. Capellán". En *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago, tomo xxxii, N° 36, págs. 400 a 445).

La influencia de los marinos y comerciantes ingleses, norteamericanos especialmente, hizo que se construyeran casas de más envergadura, más altas, hasta de 4 pisos, con armazones rellenos esta vez de ladrillo cocido. La ciudad se fue limpiando higiénicamente y en forma moral, gracias a la influencia de don Diego Portales, quien dispuso cuadrillas de presidiarios para el arreglo de calles y caminos. Salían de la prisión en carromatos especiales. El intendente de Valparaíso siguió las aguas del ministro, obligando a la ciudad a conservarse más limpia. Walpole anotó: "El actual



intendente ha contribuido mucho a la limpieza de la ciudad: ha ordenado a cada dueño de casa pavimentar la acera frente a su puerta o mejor dicho, lo ha hecho él, obligándole enseguida, a pagar los gastos. De la misma manera son regadas las calles en el verano. Aunque esto significa un gasto directo para los habitantes, debe, por otra parte, producir con el tiempo un gran ahorro, pues el polvo penetraba y destruía todo y las largas sequías estivales arruinaban las calles. Durante mi permanencia en Valparaíso, obligó a mucha gente a demoler dependencias que eran antiestéticas y a reconstruirlas de acuerdo a un estilo mejor, bajo pena de perder el terreno sobre el cual se encontraban. Hasta esa época, muchas calles eran, durante el invierno, lodazales que alcanzaban hasta las cinchas de un caballo". (Federico Walpole, *Visión de Valparaíso al finalizar la primera mitad del siglo XIX*, por Federico Walpole, teniente de la Armada inglesa. En Boletín de la Academia Chilena de la Historia, Santiago, año III, N° 6, 2° semestre de 1935, pp. 319 a 346).

La atracción de estampa ingenua en verano se afectaba, como puede verse, en los tempestuosos inviernos; pero también había otro cambio grave de la ciudad: la noche. Mal alumbradas las calles, con faroles que debían mantener en puerta los mismos moradores, se prestaban para la presencia de delincuentes; con mayor razón, en las primeras casas que comenzaban a encumbrarse hacia los cerros. El barrio del Almendral era el más peligroso; pero no amedrentó a María Graham, quien lo escogió para vivir por su rostro pintoresco. El mismo Walpole observaba: "Dado el carácter cosmopolita de la población —formada por las escorias de todas las naciones—, las calles, hasta hace poco, eran inseguras durante toda la noche y algunas eran peligrosas hasta de día. Los asesinatos eran frecuentes y rara vez sancionados, y era costumbre entre la gente que vivía en lugares apartados de la ciudad, que se reunieran en sitios convenidos, a fin de escoltarse entre sí para irse a sus casas. Nunca hubo alguien que se atreviera ir más allá de la Cueva del Chivato, sin armas o acompañantes" (Obra citada).

Años más tarde, en 1847, Radiguet calificaría a Valparaíso de "villorrio miserable", con edificios religiosos de gusto mezquino, salvando la iglesia parroquial de Nuestra Señora, en lo alto del puerto. Le llamó la atención el edificio de la Aduana que, observado de lejos, tenía aspecto de iglesia.

En cambio, elogió el sector del cerro de los ingleses, el Cerro Alegre; y señaló que las casas de dos pisos en los cerros, con los temblores chilenos, eran una verdadera temeridad; tan sólo los ingleses eran discretos para construir.

"De los cerros del puerto —señaló— dos merecen especial mención. Ambos están cubiertos de flores y de habitaciones silenciosas. Una sociedad aparte vive en el primero que se llama Cerro Alegre; el segundo, cementerio

de Valparaíso, se llama El Panteón. En cuanto uno sube por el Cerro Alegre, se reconoce por las pinturas coquetas de las casas, por los jardines olorosos a flores, por los senderos cubiertos de pasto, ese amor al orden y a la comodidad que distingue en todas partes a los rubios hijos de la Albión. Aquí las habitaciones son muy bajas para resistir a los temblores, cobijan a algunas familias que hasta cierto punto han trasplantado su patria al suelo de la América.

“El Panteón de Valparaíso no es, como podría creerse, un lugar destinado a darle sepultura solamente a los ciudadanos ilustres; es simplemente un cementerio donde la ciudad deposita a sus muertos más vulgares, haciendo pagar a los unos ciertos derechos de inhumación, y arrojando a los otros a fosas comunes, cercanas al sitio reservado para los protestantes. La puerta principal del Panteón está coronada por una torrecita y a sus flancos tiene dos galerías bajas. Estas construcciones ocupan un lado del rectángulo que limita al campo santo; la verdadera fachada está por el interior. Desde la entrada nuestro olfato se impresiona gratamente por una atmósfera cargada de emanaciones suaves y olorosas”.

Por último, es elogioso al calificar a Valparaíso sin apariencia de ciudad española y más bien, con la apariencia “de un balneario europeo” si no fuera por estar distribuida la ciudad en cuadras. Señala además que ya había una “Bolsa” en Valparaíso, construida y mantenida por los comerciantes, con información de la llegada y salida de los buques mercantes; también un teatro cuyo edificio fue construido por “especuladores particulares y es un edificio hermoso y bien proporcionado, aunque muy grande para Valparaíso”; la Capilla Inglesa, el Hipódromo, y sobre el Cerro Alegre, el Hospital Inglés. Camino hacia el este, después de atravesar el Almendral, estaba el paseo de Viña del Mar: “un hermoso valle, sementeras y campos de pastoreo se extienden a lo lejos” (Federico Walpole, *Visión de Valparaíso al finalizar la primera mitad del siglo XIX*).

Los viajeros no hablan del vicio de beber licor, de que podría hablarse ahora en Chile; en cambio señalan la intensidad del vicio del cigarrillo; gran parte de la población fumaba. A esto, había que agregar el “vicio” de tomar mate, obligadamente, mañana y tarde.

El vestir y hasta las costumbres relacionadas con muebles, ornato de casas, sufrieron cambios pasados los candentes días de la Independencia. Ya en 1822, Lafon de Lurcy expresaba: “Después de la Independencia, Chile ha cambiado completamente: la influencia de las costumbres europeas se ve por todas partes. Los antiguos estrados en que las damas permanecían inmóviles desaparecen poco a poco de las casas que se modernizan. A las mesas bajas donde antes era necesario comer inclinados, al servicio de comedor com-



puesto a menudo por un vaso y un cuchillo para todos los comensales, sucede el confort inglés que cambia a cada plato de útiles, los rebozos se substituyen por los chales de satín o terciopelo francés, las sayas por las basquiñas negras y de ricas telas; adornos de tul, peinetas de carei adornan las cabezas de las hermosas chilenas. Los pianos reemplazan a las desafinadas guitarras, y los sofás y canapés de variadas formas, a las bancas circulares en las salas de recepción" (Lafond de Lurcy, *Viaje a Chile*, Santiago, s.e., 1911).

Pero el desayuno chileno seguía siendo a la española, chocolate con leche; no faltaban los que preferían un caldo de la noche anterior y, por supuesto, seguía el "vicioso" mate: "Me trajeron al aposento mi acostumbrado desayuno (dice María Graham, ella lo pedía a la inglesa), té, huevos y pan con mantequilla. La familia no come nada a esta hora; pero aquí algunos se desayunan con una jícara de chocolate, otros toman un poco de caldo y la mayoría prefiere el mate".

En los tiempos de María Graham, los porteños mantenían su afición al baile y danzaban todos los de moda: la cuadrilla, el vals, la contradanza; en las fiestas populares se bailaba la zamacueca.

Una recepción por 1822, nos muestra el "cóctel" de aquella época; ya se ha dicho que el trago eran mistelas; pero los "canapés" se suplían con pan hecho con sebo o grasa que se untaba en una fuente de barro que contenía médula cocida. Los extranjeros le hacían asco... El almuerzo más común, pero estimado como contundente para una reunión social, era el charquicán: carne fresca de buey, muy hervida; pedazos de charqui o carne seca; rebanadas de lengua seca, tomates, zapallo, papas y otras legumbres cocidas. Se diría que eso era lo que hoy llamamos "cazuela", pero con más rostro de "cocido" español. También se servía un plato de ave cocida trozada, espolvoreada con cilantro picado; se acompañaba además, en la mesa, con un vaso de leche y un plato de harina de maíz. Andando el tiempo, se sirvieron comidas con 13 diferentes guisos, como comentaba William Ruschenberg, en *Noticias de Chile* (1831-1832, Santiago, Ed. del Pacífico, 1956): "Trece diferentes guisos, comenzando por la sopa y terminando con el asado. Los entremeses eran todos compuestos: charquicán, estofado, etc. Además del vino del país y de la chicha se sirvió un clarete de excelente calidad". Los postres consistían en budín, dulces y frutas.

En cuanto a entreteniciones, las damas veían ocupado la mayor parte de su tiempo por la cocina —a juzgar por esos 13 platos—, a los tejidos y al cultivo de las flores. Los varones, por su parte, ocupaban las tardes en la siesta y las noches, con los naipes, billar o dados. Y, por supuesto, sin dejar de fumar sus grandes cigarros de hojas.

Valparaíso tenía ya su condición de balneario. El mismo Walpole



recuerda que los visitantes se bañaban en las mañanas, disponiendo para ello de una balsa flotante. Y, más tarde, hasta hubo un salón de baños que consistió en un abandonado pontón, con compartimentos donde el agua de mar entraba por los agujeros especialmente practicados.

## *LA EDUCACION EN EL PRIMER CUARTO DEL SIGLO XIX*

Ya hemos dicho que el sistema educacional se vio sometido al antiguo régimen colonial. La enseñanza fue de preferencia eclesiástica. Un tipógrafo norteamericano dejó constancia de sus impresiones en este rubro educacional: "El estado de las letras en Chile es muy mísero, estando casi todo el saber relegado en el país a los eclesiásticos. No se ha establecido jamás una escuela para mujeres, sino después de la revolución. Hacia los fines de 1812, el Gobierno decretó la fundación de escuelas para niños pobres a costa del erario nacional".

Pero hay un párrafo que vale la pena subrayar, porque los chilenos, a esas alturas, ya habían comprendido que la escuela era la base ideológica para quienes debían conquistar su libertad e independencia. Dice Johnston, el tipógrafo norteamericano: "Se establecieron escuelas en todos los barrios de la ciudad, donde los hijos de los más pobres eran enseñados gratis y a las cuales sus padres estaban obligados a enviarlos. En ellas se les enseñaba, además de las nociones elementales, un catecismo de religión y también uno político. Medida de gobierno era esta bien calculada para propagar la forma republicana de gobierno, y que demostraba en su autor un profundo conocimiento de la naturaleza humana. El catecismo político comenzaba de este modo: —¿De qué nación es usted? —Soy americano. —¿Cuáles son sus deberes como tal? —Amar a Dios y a mi Patria, consagrar mi vida a su servicio, obedecer las órdenes del Gobierno y combatir por la defensa y sostén de los principios republicanos. —¿Cuáles son las máximas republicanas? —Ciertos sabios dogmas encaminados a hacer la felicidad de los hombres que establecen que todos hemos nacido iguales y que por ley natural poseemos ciertos derechos de los cuales no podemos ser legítimamente privados.

"Se consignaba enseguida una larga enumeración de privilegios de que se goza bajo el imperio de la forma republicana del gobierno, en contraste con lo que el pueblo padecía con el antiguo régimen colonial de España".

Una de las escuelas descritas por Johnston la dirigía un lego mercedario, fray Antonio Briseño, de quien fue discípulo el recordado José Zapiola.

Las escuelas eran escasas. El número de alumnos que podían disfrutar de la enseñanza era reducido y los niños aprendían repitiendo a gritos. De las escuelas de niñas, Schmidtmeier señalaba en 1821, "que no las había visto ni oído nombrar". En cuanto a los padres eran "incapaces de dar a sus hijas otra educación que la que concierne a algunas nociones externas. En general, se las ocupaba en labores de aguja y ocupaciones semejantes".

No era muy formadora la educación, en general. Pero hay un dato grato para los porteños: "En Valparaíso y Aconcagua la educación ha sido menos descuidada, tienen una escuela con alrededor de unos ciento veinte muchachos, bajo el cuidado de frailes".

Los tratadistas están acordes en que, entre 1810 y 1850, Chile recibió la influencia benéfica de costumbres e ideas provenientes, en especial, de Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y Francia. El desarrollo más evidente y rápido estuvo en Valparaíso, puerto que por su movimiento comercial pasó a ser el más importante de la costa sur del Pacífico.

## Los Hechos y las Cifras Acontecimientos, en Valparaíso, en el primer cuarto del siglo XIX

### NUESTRA MARINA MERCANTE

El *Santo Cristo de Lezo* fue el primer barco mercante chileno antes de 1770 y el primer armador, don Gaspar de los Reyes. El astillero de Concón fue la primera iniciativa para construir embarcaciones. En nuestra zona, los hubo en Valparaíso, Papudo y Quintero. Aparte del buque ya citado, hubo uno de larga vida, la fragata *Dolores* que sirvió cerca de 20 años, construida en España, y que encallara en El Almendral en 1823. Los barcos que iban al Perú no eran chilenos; pero sí su tripulación. El comercio era limitado por los monopolios. Con la revolución de la Independencia, el 21 de febrero de 1811 se decretó la libertad de comercio y se permitió el comercio recíproco con todas las naciones del mundo. Valparaíso fue declarado "Puerto Mayor" junto con Talcahuano y Coquimbo, en esa misma fecha.

Comenzaron a llegar barcos relativamente grandes. A principios de noviembre de 1811 llegó la fragata *Galloway*, de Nueva York, que traía una imprenta. En ella, Camilo Henríquez publicó el 13 de febrero de 1812 el

primer número del *Aurora de Chile*. Más tarde arribó el bergantín *Fly* con herramientas, loza, géneros de hilo, lana y algodón.

Los buques españoles que llegaban en esos días a Valparaíso eran apresados por los revolucionarios. Todavía era necesario vivir nuevos acontecimientos. El comercio se vio obstruido por las guerras que siguieron; pero en 1817, con la Patria Nueva, se recuperó la libertad de comercio y navegación. El puerto tuvo mucha importancia comercial entre 1817 a 1822. Y se buscaron nuevas rutas hacia la India.

En agosto de 1819 comerciantes chilenos organizaron la Compañía de Calcuta para establecer relaciones comerciales directas. La empresa fue dirigida por don Agustín Eyzaguirre. La fragata *Carmen* fue despachada a Calcuta, cargada de cobre. El buque no resistió la travesía y fue vendido. En 1821 se adquirió la fragata *Stammové* (trajo loza, té y sedas) y se la fletó para llevar cobre a la India.

En 1822, el puerto contaba con 15.000 habitantes y su bahía abrigaba a más de 60 buques entre mercantes y de guerra. La Marina Mercante Nacional contaba con 40 buques. En 1848, con el auge del oro en California, la Marina Mercante tuvo un gran crecimiento.

## ADIOS, GOBERNADOR

Gobernaba Mariano Osorio en Chile, cuando el 25 de noviembre de 1814 arribó a Valparaíso el bergantín *Dos Amigos* procedente del Callao. Sus noticias eran inquietantes: Napoleón había sido derrotado en Waterloo y don Fernando VII, rey de España, no quería perder sus dominios de ultramar. Por tanto, se confirmaba el nombramiento del nuevo gobernador, don Francisco Casimiro Marcó del Pont.

Por acuerdo de 8 de diciembre de 1815, el cabildo porteño declaró huésped de honor a "tan alto personaje" y lo recibió con pompa a su arribo en la fragata *Javiera*. Descansó y luego asumió su cargo en Santiago. Dicen que no era el hombre que pintaron, como petimetre ridículo; era un hombre de ascendencia noble que llevó su cargo con dignidad, queriendo mantener en sus funciones el respetable marco de la corte española. Diversas anécdotas aparecen relacionadas con el que fue su enemigo tradicional: Manuel Rodríguez.

Cuando sus fuerzas caen derrotadas en Chacabuco, los realistas toman el camino de Valparaíso al mando de Maroto, dispuestos a embarcarse al Perú. Allí una nave los esperaba frente a la actual plaza Echaurren. Se llevaron los haberes que pudieron cargar. Maroto estaba casado con una dama chilena, la



que no vaciló en compartir su desgraciado destino del momento; años más tarde, Maroto regresó en silencio a Chile, inadvertido, y encontró cristiana muerte en nuestro puerto, después de residir algunos años en el mayor silencio .

Mientras tanto, Marcó del Pont corría hacia el puerto en una calesa. Al llegar a la hacienda Las Tablas, muy cerca del puerto, soldados reconocieron al gobernador y lo detuvieron. Este intentó huir, ocultándose en unos matorrales; pero fue encontrado y se le llevó prisionero al castillo de San José, que estaba en los altos de la calle Serrano de Valparaíso.

Las crónicas no hablan en qué fecha fue liberado y se le dijo, cortésmente: "Adiós, Gobernador".

### *EN EL NOMBRE DEL PADRE*

El templo de la Matriz orientó la cristiana vida porteña. El Cristo, famoso por sus milagros (se venera aún en la sacristía del templo), fue testigo de las gracias y desgracias, de siglo en siglo. Vio el temblor del 13 de mayo de 1747, el del 8 de julio de 1730, el del 19 de noviembre de 1822, el del 16 de agosto de 1906, y de todos los de estos últimos años.

Pero también el reconocimiento de la Junta de Gobierno se hizo ante el Cristo el 25 de septiembre de 1810. El Cabildo, ante un crucifijo y los Santos Evangelios, juró el reconocimiento a las disposiciones de la Excelentísima Junta de Gobierno, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Más penoso fue el acontecimiento del 19 de julio de 1823. Se despedía de Valparaíso don Bernardo O'Higgins y fue a orar a la Matriz acompañado de su madre, doña Isabel Riquelme y de su hermana doña Rosa. También iba un niño de la mano, el poco conocido hijo de don Bernardo, Demetrio, niño de cortos años, que se formó más tarde en el Perú.

No faltó ni la visita de un futuro Papa a la Matriz: el canónigo Juan María Mastai Ferretti, quien fuera más tarde Pío IX. Ofició misa en el altar donde se veneraba la imagen del Cristo.

Se cuenta que, en un paseo por las quebradas porteñas, monseñor Mastai Ferretti se extravió y dio en una herrería agobiado por la sed. Apagó su sed con fresca agua de quebrada un herrero a quien llamaban Baco por lo grande, barbudo y buena disposición para el jugo de las uvas. Agradecido el canónigo por su atención, solía recordarle en sus misas cuando ya era Papa pronunciando en voz alta: "Per Bacco". Lo que causaba desconcierto en quienes le oían, porque eso les recordaba al libador dios Baco.

Años más tarde, en 1859, hubo un conato revolucionario y el intendente de Valparaíso, comandante de armas Juan Vidaurre Leal, fue muerto en el frontis del templo, el 18 de septiembre de 1859.

### *EL BUQUE O LA VIRGEN*

Valparaíso contaba en el siglo XVIII con un Cabildo, pero no tenía escudo de armas, como toda ciudad que se respeta.

El 5 de noviembre de 1802 se reunió la corporación porteña para encargar a don Bernardo Fernández la tramitación del escudo de marras. Los blasones y el estandarte solicitados al rey llegaron a Chile, cuando ya no se usaba: se había declarado la Independencia. Pero esto no importó a los porteños que prefirieron sentirse nobles, a sentirse revolucionarios...

Los mejores artistas santiaguinos fueron puestos a la obra de bordar y pintar el escudo. Los entendidos en heráldica lo describieron así: "Una imagen de la Virgen de Puerto Claro, puesta de pie sobre un castillo, en honor a la patrona que había jurado ese Municipio y del carácter de plaza de guerra que investía Valparaíso, todo coronado por un águila imperial, con las alas desplegadas".

El escudo fue cambiado, más tarde, por el intendente Francisco Echaurren (el que le dio su nombre a la plaza municipal). Así se instauró uno nuevo, al parecer más relacionado con el carácter marino de Valparaíso y del dominio de la estrella solitaria en el Pacífico. Mostraba un buque con su velamen completo y una estrella solitaria en el cielo. El historiador don Diego Barros Arana aconsejó al señor Echaurren algunas modificaciones más de acuerdo con la heráldica.

Pasaron los años, y el alcalde Winter Elizalde, de conocidas devotas costumbres, realizó un nuevo cambio, restaurando el antiguo escudo tradicional donde campeaba sobre una torre, la Virgen de Puerto Claro. El escudo del buque se perdió en el olvido. El único lugar donde quedaba a todo color y en relieve, el quiosco de fierro de la Plaza Victoria, fue reemplazado por otro "moderno" y de feísimo aspecto; felizmente, al poco tiempo, un piadoso terremoto partió el techo del quiosco de cemento y el adefesio fue demolido. El quiosco de fierro, prometido a la plaza Echaurren, fue vendido al kilo por poco honestas y desconocidas manos.

Abundando un poco más sobre la imagen de la Virgen, recordemos que en un acta del Cabildo de 16 de mayo de 1811 se dejó constancia: "... nombrar Patrona de esta ciudad a Nuestra Señora mi Madre de las Mercedes de Puerto Claro de Valparaíso, que se venera en la iglesia Matriz de esta

ciudad, por ser esta imagen la advocación titular que celebra el pueblo como Patrona de su fundación...”.

Sin embargo, más adelante, el nombre de la parroquia de Nuestra Señora se cambió por el de El Salvador. Hasta 1837 estaba en la Matriz la imagen de Nuestra Señora de las Mercedes de Puerto Claro; pero cuando el cura Riobó reedificó el templo, se reemplazó en el altar mayor por una Virgen de Purísima, nueva, de estilo quiteño. La antigua imagen de la Virgen, enviada por el rey Felipe II, se perdió; se supo que algunos fragmentos se hallaban en Quilpué. Pero no hubo más noticia.

### EL QUE VOLVERÁ

Lo más vivo de Valparaíso es su mar. El gran personaje. Ha sido determinante en su vida. Por la gran ventana del océano llegaron siempre primero las ideas y las iniciativas al puerto antes que a la metrópoli santiaguina. En el siglo XVIII los porteños tuvieron un temor: se estaba “acabando el mar”. Los buques que traían lastre de arena en sus bodegas, la vaciaban en la bahía misma, con lo que produjeron un embancamiento y el mar comenzó a “desaparecer”. Se tomaron drásticas medidas al respecto.

Luego el mar fue rechazado. Se le quitó terreno cada vez más. Las aguas llegaban hasta la mitad de la actual plaza Sotomayor, a la altura de calle Cochrane, donde había un modesto embarcadero. Más tarde, el pontón del casco de *La Esmeralda* —no la de Iquique— sirvió de base para un embarcadero con escalas de madera. Lenguas de mar llegaban hasta la Cueva del Chivato. Al entrar allí las aguas junto a *El Mercurio*, subida Concepción) el ronco ruido del mar era tomado por el bramar de un chivato que robaba doncellas no muy santas. En la plaza de Orrego, hoy Victoria, llegaba hasta las arenas donde hoy se alza la Biblioteca Severín.

En la Plaza del Orden (hoy, Aníbal Pinto) había un embarcadero que estrechaba el paso de la gente, y el gobernador don José Ignacio Zenteno mandó fijar una especie de portón, cobrándose un peaje. Nadie podía librarse de aquel estrecho desfiladero. El edicto decía, entre otras cosas: “... he mandado fijar un portón en la Quebrada de Elías, donde se cobrará un real por pasaje a todo individuo que vaya en coche o a caballo u otra especie de carruaje de paseo al almendral, en los días de fiesta... En Valparaíso, a 4 de marzo de 1822”.

Hasta hace poco tiempo, aún quedaban en algunos lugares, como en Cochrane y calle Melgarejo con Brasil, las “marcas de marea”; eran de hierro y, en relieve, indicaban la altura (1 metro 35 centímetros, por ejemplo)



hasta donde alcanzaba el mar en días de invierno. Manos con afición histórica se las llevaron al minimuseo de sus hogares. Es lástima.

El mar se ha replegado en Valparaíso como un perro desterrado. Se ha cubierto su vista con *containers*. En el antiguo mirador de Bellavista ya no hay bella vista que contemplar. ¿Se le ha robado el mar a los porteños? En todo caso, en los inviernos ruge, como diciendo que un día volverá.

### LA VERDAD AL DESNUDO

Se ha dicho que las escuelas no abundaron en Valparaíso en este primer cuarto de siglo. Pero sí hay que dejar constancia de la instalación de una particular, en 1826, ubicada en calle Edwards. Cobraba un peso y las familias no eran constantes para pagarlo. Los mismos chicos traían sus pisos o esteras para sentarse. El maestro era don Simón Rodríguez, quien tuvo el honor de ser el maestro de Bolívar, o éste de ser su discípulo. Era un hombre de ideas adelantadas para su época. No había dibujos como para mostrar el cuerpo humano en las lecciones de Biología. El maestro optó por desnudarse para mostrar partes esenciales. Las madres, asustadas por estas descripciones de científico nudismo del profesor, retiraron a sus hijos. Don Simón prefirió cerrar la escuela e instalar una fábrica de velas que, como reemplazaba al centro educacional, le bautizó como "Las Luces de la Inteligencia".

### ESCUADRAS EN VALPARAISO

Podría decirse que el primer almirante del mar de Chile fue Juan Bautista Pastene, marino genovés, a quien don Pedro de Valdivia invistió de todos los poderes (3 septiembre, 1544), designándolo "Lugarteniente del Mar". Al día siguiente, zarpó la escuadra con viento favorable hacia el sur, reconociendo puertos y caletas, a las que bautizó hasta llegar a Ainilebo, lugar que designó como Valdivia.

Pero propiamente la Primera Escuadra nacional zarpó rumbo al sur, el 10 de octubre de 1818, al mando de don Manuel Blanco Encalada. Realizó la hazaña de atrapar a la fragata *María Isabel* en Talcahuano.

A las tres de la tarde del 20 de agosto de 1820, la Escuadra Libertadora enfiló hacia el Callao. El general en jefe fue San Martín; en otro buque, la *O'Higgins*, se izó el estandarte de un glorioso marino: lord Tomás Alejandro Cochrane. Desgraciadamente, ambos jefes no pudieron entenderse durante la campaña.

No se equivocó don Bernardo O'Higgins cuando pensó que sólo el poderío naval consolidaría la independencia y la soberanía de Chile. Sus palabras, desde el Miradero, resuenan hoy proféticas: "De estas cuatro tablas penden los destinos de América".

La guerra contra la Confederación Perú-Boliviana dio lugar a otras escuadras. La de Blanco Encalada, que llevó al plenipotenciario chileno, Mariano Egaña, para exponer los puntos de vista de nuestro gobierno. Una segunda, comandada por el mismo Blanco Encalada; esta vez contra Santa Cruz. Salió el 15 de septiembre de 1837 y constaba de 7 buques de guerra y 16 transportes. Blanco no llegó a un acuerdo y regresó. A fines de 1838, Chile envió una tercera escuadra contra la Confederación bajo el mando del general Manuel Bulnes. Esta expedición regresó victoriosa a Valparaíso, a fines de 1839, después de poner fin a un conflicto que intentaba desbaratar la acción emancipadora de O'Higgins, San Martín y Bolívar. Finalmente, en 1880, el 21 de septiembre, partió de Valparaíso una escuadra con 4.800 soldados rumbo al Perú, cuya acción en la Guerra del Pacífico tuvo influencia fundamental.

#### SOBRE BARCOS Y NAUFRAGIOS

Larga es la ruta histórica del mar en Valparaíso. Pero sólo dejaremos constancia de algunos puntos más curiosos. El *Estrella Naciente* fue el primer barco a vapor que llegó a Valparaíso, construido por el gobierno en 1811. Se trataba de un buque de 400 toneladas con motores de 60 HP. Arribó a Valparaíso en 1822, navegando a vela, y se dispusieron las pruebas de rigor para la navegación a vapor. Esta prueba se realizó el 6 de julio ante el ministro de Guerra. La acción fue dirigida por Lord Cochrane. Las calderas funcionaron correctamente. Sin novedad llegaron a Quintero; pero allí la nave sufrió una avería. Un perno se rompió de una pieza vital y fue necesario regresar a vela. Nunca más funcionaron las máquinas. *La Estrella Naciente* tuvo sólo nacimiento. Nunca se supo de su vida, ni dónde murió arrumbada.

El primer buque de guerra chileno es considerado el *Aguila*. Era un bergantín construido en España, de 220 toneladas y, después de capturado a los españoles, el 26 de febrero de 1817, se le armó con 16 carronadas. Dejó de ser así un buque de comercio y se convirtió en buque de guerra nacional. El *Aguila* tuvo una importante misión: traer a tierra firme a los patriotas que habían sido desterrados en la isla de Juan Fernández por Marcó del Pont. Más tarde, fue rebautizado como *Pueyrredón*.

Sólo la instalación del molo de abrigo, en 1921, dio seguridad a las naves en el puerto de Valparaíso. Los naufragios fueron el pan de los inviernos. Indiquemos sólo algunas fechas en la historia de los desastres: el 28 de octubre de 1562; el 14 de mayo de 1633; el 13 de mayo de 1647, acompañado del temblor grande; el 8 de julio de 1730. En esa oportunidad, las aguas llegaron a las puertas del templo de La Merced, en El Almendral, deteniéndose a los pies de la milagrosa Virgen.

El temporal de 1823 fue una borrasca cuyos estragos recordaban las damas porteñas sin precisar la fecha. Se sabe que los buques y la bahía entera se vino a la playa; incluso la famosa fragata *Dolores*, de José Larriba, naviero peruano. El sitio del naufragio fue el arenal y alojamiento de carretas del cura Orrego, en la llamada plaza Orrego (hoy, Victoria), porque allí el cura de Quillota tenía sus ventas de papas, tomates, lechugas.

Referían los antiguos que allí echó su carga un buque ballenero, formándose charcos de aceite, donde se pegaban las carretas y las mulas, como moscas.

Se vino también a la playa del Almendral una fragata inglesa cargada con sedería y terciopelo, panas de China. Las damas salieron a recoger telas y se vistieron con ellas. Los chuscos que nunca faltan, al ver a estas damas vestidas con telas de la varazón, las llamaron "varadas". Por esos tiempos fue famoso el "pañó de León"; eran paños traídos de Lyon.

El temporal de 1827 echó una fragata sobre la playa de Cruz de Reyes, sobre la Cueva del Chivato. Una triste cruz recordaría en esa playa a los cadáveres de los desafortunados náufragos.

## LUZ DE CANDILEJAS

Entreteníanse los porteños con algunas esporádicas corridas de toros, de las que se da cuenta en el cerro Cordillera. Pero ni abundaban los toros de lidia, ni los toreros, por lo que la entretención decayó y se apagó sin dejar mayor constancia. Un repunte hubo en 1900, en el mes de octubre, cuando se estableció la Plaza de Achon en la calle de Jaime, con corridas para ser vistas por unas 3.000 personas. Pero el interés no tardó en decaer.

En algunos barrios, subidas de cerro especialmente, el pueblo se entretenía con las peleas de gallos; en auge a comienzos del siglo XIX fueron suprimidas en 1875, por el intendente Francisco Echaurren, por crueles e inmorales. Por la misma causal se suprimieron en 1907 las peleas de box.

En cuanto a la escena, el teatro existió con altos y bajos. Con la llegada de cada gobernador había un estreno de alguna comedia. En 1816 desem-



barcó una compañía francesa y dio tres funciones que el crítico chileno Manuel Fernández Ostelano encontró "abominables...".

En 1823, Valparaíso tuvo su primer teatro con escenario, lunetas, iluminación de sebo en candilejas de lata. El gobernador Zenteno le proporcionó al empresario Domingo Arteaga un sitio. Arteaga mejoró el local donde antes se daban funciones de títeres: eran las compañías *Josecito debajo del mate* y *Don Cristóbal*. Vale la pena destacar la llegada del español Juan Francisco Zegers, quien hacía actuar a su hija Isidora con linda voz de soprano. Muchas jóvenes se interesaron por el canto, en 1823, y tomaron lecciones con Isidora que cantaba las óperas de Rossini. En 1826 se transformó el teatro, llamándose Teatro Cómico. Más tarde, el Cabildo consideró que Arteaga no había desarrollado una actividad teatral satisfactoria y dispuso la venta del edificio, malogrando la iniciativa del iniciador del teatro porteño.

#### LO QUE NO SE SABE, SE PUEDE LEER

Los porteños estaban ayunos de noticias. De vez en cuando había alguna publicación como *El Telégrafo Mercantil y Político*, fundado por don Pedro Félix Vicuña.

*El Mercurio*, de Valparaíso, "el diario más antiguo de habla hispana aún en circulación", fue fundado el 12 de septiembre de 1827 por el ciudadano norteamericano Thomas G. Wells y los chilenos Pedro Félix Vicuña e Ignacio Silva. El diario se imprimió, en un comienzo, en una imprenta que quedaba en un edificio que hacía esquina, frente a la iglesia de la Matriz.

El diario tuvo muchos dueños, destacándose el editor español Manuel Rivadeneira, quien renovó la presentación tipográfica y colocó en la dirección al escritor argentino Domingo Faustino Sarmiento. Después de pasar por otra serie de propietarios, don José Santos Tornero lo vendió en 1880 a don Agustín Edwards Ross, en cuya familia quedó hasta nuestros días. Don Agustín Edwards Mac Clure realizó la modernización del diario.

El primer cuarto del siglo XIX revela una gran inquietud en Valparaíso, el despertar de ideas nuevas con la influencia de la presencia de extranjeros, la modernización de viviendas, costumbres de aseo, ornato y otros aspectos de la ciudad; la modificación de las costumbres domésticas relacionadas con el comer, educación, vida social. Tras los días neurálgicos de la Independencia, la vida porteña se reorganizó, aumentó el comercio y la población. Valparaíso dejó la siesta española y tomó más el rostro de ciudad europea.

Lo que vino después fue la incorporación a la vida moderna. Pero ésa, ya puede leerse día a día en el diario *El Mercurio*, por ejemplo; o en historias donde leemos que don Diego Portales consolidó la República haciendo entrar al país en una etapa que dejó atrás el pasado colonial.

## B I B L I O G R A F I A

- AGUIRRE ECHIBURU, LUIS. *El Libro de Valparaíso (1536-1946)*, Escuela Tipográfica Salesiana, Valparaíso, 1946, 546 pp.
- BARROS ARANA, DIEGO. *Historia General de Chile*, tomo VII, Santiago, Rafael Jover, Editor, 1886, 584 pp.
- BARROS, ARANA, DIEGO. *Un decenio de la Historia de Chile (1841-1851)*, tomo I, Santiago de Chile, Imprenta y Encuadernación Universitaria de S.A., García Valenzuela, 1905, 538 pp.
- BYRON, JOHN. *El naufragio de la Fragata Wager*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1955, 162 pp. ilustr. y 5 láms., *Colección Historia y Documentos*.
- COFFIN, J.F. Diario de un joven norteamericano detenido en Chile durante el período revolucionario de 1817 a 1819, traducido del inglés por J.T.M., Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1898, 240 pp.
- DARWIN, CARLOS. *Viaje de un naturalista alrededor del Mundo*. Madrid, La España Moderna, 1899, 2 v. (Biblioteca de Jurisprudencia e Historia). Sobre Chile, tomo II, capítulos XII-XVI.
- ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. *Historia de Chile*. Desde la prehistoria hasta 1891. Santiago, Chile, Ed. Nascimento, tomo V, 1946, 688 pp. Tomo X, 1948, 637 pp.
- EYZAGUIRRE, JAIME. J.E.G. *El primer piano llegado a Chile*. En *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Santiago de Chile, año 1, N° 2, 1933, pp. 238-239.
- FREZIER, M. *Relación del viaje por el Mar del Sur a las costas de Chile y el Perú durante los años de 1712, 1713 y 1714*. Traducido por Nicolás Peña M. de la primera edición francesa de 1716. Santiago de Chile, imprenta Mejía, 1902, xxvi-176 pp.
- GRAHAM, MARÍA. *Diario de mi residencia en Chile en 1822*, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, S.A., 1956, 250 pp. y 8 láms.
- HAIGH, SAMUEL. Viaje a Chile en la época de la Independencia, 1817. In: Samuel Haigh, Alejandro Calcleugh, Max Radiguet, *Viajeros en Chile, 1817-1847*, Santiago de Chile, Ed. del Pacífico, S.A., 1955, Colección Presencia del Pasado, VI. Ver pp. 11-14.
- JOHNSTON, SAMUEL. *Diario de un tipógrafo yanqui en Chile y Perú durante la Guerra de la Independencia*. Introducción de Armando Donoso, Madrid, Editorial Améri-ca, 1919, 228 pp. (Biblioteca de la Juventud Hispanoamericana, XVI).



- LAFOND DE LURCY (en el título del texto aparece mal escrito el nombre de Lurcy como "Lucy"), Gabriel. Traducido de la edición francesa de 1853 por Federico Gana G., Santiago de Chile, s.e. 1911, 217 pp.
- MELLET, JULIÁN. *Viajes por el interior de América Meridional*, Santiago de Chile, Ed. del Pacífico, S.A., 1959, 289 pp. (Colección Viajeros de Antaño).
- PEREIRA SALAS, EUGENIO. *El teatro en Santiago del Nuevo Extremo, 1709-1809*, Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1941, 56 pp.
- PICÓN SALAS, MARIANO y FELIÚ CRUZ, GUILLERMO. *Imágenes de Chile, Vida y costumbres Chilenas en los siglos XVII y XIX a través de testimonios contemporáneos*. Selección y notas de... Segunda Edición, Santiago, Chile, Editorial Nascimento, 1937, 336 pp. y 99 láms.
- RADIGUET, MAX. *Valparaíso y la sociedad chilena en 1847*. In: Samuel Haigh, Alejandro Calcleugh, Max Radiguet. *Viajeros en Chile. 1817-1847*. Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, S.A., 1955. (Colección Presencia del Pasado, vi). Ver pp. 213-254.
- RUSCHENBERG, WILLIAM S.W. y *Noticias de Chile (1831-1832)* por un oficial de Marina de los Estados Unidos de América. Traducida e ilustrada con datos biográficos del autor, por Eduardo Hillman, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, S.A., 1956, 120 pp. (Viajeros de Antaño).
- SALVIN, REVERENDO HUGO. *Diario Escrito a bordo del buque de Su Majestad "Cambridge" desde enero de 1824, hasta mayo de 1827, por el Reverendo H.S. Capellán*. Traducido del inglés por Eduardo Hillman Haviland. In *Revista Chilena de la Historia y Geografía*. Santiago de Chile, tomo xxxii, N° 36, pp. 400-445.
- SCHMIDTMEYER, PETER. *Viaje a través de los Andes*. Versión castellana por Eduardo L. Semino. (Prefacio "Los viajeros y la sociología americana", por Enrique de Gandía), Buenos Aires, Ed., Claridad, S.A., 1947, 350 pp. y láms. (Colección de Viajes, Memorias y Aventuras, i).
- STEVENSON, WILLIAM BENNET. *Memorias de William Bennet Stevenson sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú*. Versión castellana de Luis Terán. Noticia sobre Stevenson, por Diego Barros Arana. Madrid, Editorial América, s.f., 300 pp. (Biblioteca Ayacucho, xv).
- VANCOUVER, JORGE. *Viaje a Valparaíso y Santiago*. Tomado de los viajes alrededor del mundo, de Jorge Vancouver, ordenados por el Rey de Inglaterra, en 1790, 1791, 1792, 1793, 1794 y 1795. Traducido por Nicolás Peña M. de la edición francesa del año VII (1799). Santiago de Chile, Imprenta Mejía, 1902, xxiv-104 pp.
- WALPOLE, FEDERICO. *Visión de Valparaíso al finalizar la primera mitad del siglo XIX*, por Federico Walpole (Teniente de la Armada Real Inglesa). En *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Santiago de Chile, año III, N° 6, 2° semestre, 1935, pp. 319-346.
- ZAPIOLA, JOSÉ. *Recuerdos de treinta años (1810-1840)*. Edición definitiva (8ª). Prólogo y notas de Eugenio Pereira Salas. Santiago de Chile, Zig-Zag, 1945, 310 pp. (Biblioteca de Escritores Chilenos, vol. v).